

El "sueño americano"

Ing. Eduardo Badía Serra
Miembro del Senado Consultivo • UTEC



Hay en la sociedad norteamericana, un profundo sentido de compromiso con un destino providencial, casi divino, compromiso en el cual creen conscientemente porque es parte de una tradición transmitida a lo largo de siglos que les habla de ser una nación predestinada.

George Bancroft, historiador norteamericano, nos lo recuerda en su *Historia de los Estados Unidos*, que comenzó a aparecer en 1834. Este distinguido erudito elogiaba el pasado colonial en términos de "origen divino" y "misión excelsa". En 1845, el director de una revista de New York, John L. O'Sullivan, proclamaba ya en una forma más categórica y determinante que "el cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por el continente que nos ha sido asignado por

la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes que se multiplican anualmente". Para los fervientes del destino manifiesto, la "adición" de Texas, Nuevo México, California, Florida, Oregón y Alaska al territorio norteamericano no sería suficiente: "Dios había destinado al pueblo de los Estados Unidos a extender su soberanía sobre Canadá, México, Cuba, otras islas de las Indias Occidentales y Hawaii" (*Historia de los*

Estados Unidos. La Experiencia Democrática, Editora Distribuidora Argentina S. R. L. Tomo I, segunda edición; Degles, Cochram, De Santis y otros).

Pero este sentido de compromiso con su destino manifiesto no es nada fantástico ni cosa de ficción o fantasía. Los norteamericanos creen actualmente en él como creían sus antepasados hace siglos. Ellos piensan que es un deber, una cuestión de honor, realizar dicho destino. Por su puesto que en su recurso por la historia, este va modificando, adaptando sus métodos y sus formas de concreción, de tal manera que se ha pasado de la necesidad de "evangelizar a los indios" a la necesidad de "globalizar a los mestizos". El destino manifiesto es una realidad histórica, es un hecho histórico, aunque estrictamente hablando, esta doctrina enarbolada por la vieja teología puritana, tiene sus raíces históricas y religiosas en el siglo XVI, como producto del conflicto entre el misoneísmo contrarreformista español y la modernidad reformista anglicano-puritana-británica. Los norteamericanos sólo recogen dicho producto en los inicios del siglo XIX, y lo constituyen en el elemento justificativo de su poder, de su superioridad y de su predestinado imperialismo. El historiador e investigador mexicano, Ortega y Medina, en su libro *Destino manifiesto, sus razones históricas y su raíz teológica*, nos dice: "En la conformación norteamericana de la doctrina del Destino Manifiesto tuvo parte principalísima el terrible peso de la tradición antiespañola; por consiguiente, cuando en las manos políticas estado-

EL "SUEÑO AMERICANO"

unidenses se enarbó la doctrina contra nosotros, la crudeza de su aplicación reflejaba simplemente la ingente montaña de prejuicios adquiridos", (Juan A. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, sus razones históricas y su raíz teológica, Alianza Editorial Mexicana, México, 1989). Hoy, puede verse, pues, una culpa directa de nosotros mismos, los latinoamericanos, al considerar por medio de nuestra inveterada vía de la irresponsabilidad cultural, que la oposición al hecho histórico de la Colonia, sin fundamento crítico social ni político, sino así, sin más, era bandera de prestigio nacional, a pesar de que en el fondo no era otra cosa más que un cálido y franco servicio a la entronización negadora de dicho proceso para dar paso a un nuevo hecho histórico aculturante, negador del pasado y de la cultura. Por ello, cuando Vasconcelos clama por "...el continente donde manda el corazón encendido. ¡La raza ardiente de la sabiduría divina!, (José Vasconcelos, *Indología*), Martí nos previene que "sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo" (José Martí, *Nuestra América*).

Esta "misión excelsa" de extender la soberanía estadounidense por toda América, ahora se pretende no sólo por la anexión física de territorios, no por la proclamación de nuevos estados, sino por la anexión espiritual y material de los hombres mediante el arma actual de la "Sociología del Desarrollo", esto es, "La Globalización de los Mestizos". El recio polisíntetismo surgido del proceso transculturizante de la Colonia, que fundió la cultura prehispánica con la española, y del cual surgió estimulada una todavía más fuerte sociedad mestiza, potenciada, más rica, más histórica, ahora será negado por el proceso globalizador, el cual penetra negando la historia, negando la estructura y síntesis de estos pueblos morenos. Porque la Sociología del Desarrollo, en su acometida del cambio social, necesita trasladar las características generales de su economía y difundirlas como el modelo que las economías pobres deberán adoptar. Los índices deberán, como enfoque de brecha, sustraer los rasgos ideales del subdesarrollo,

y esto constituirá precisamente su programa. El desarrollo implica, según esto, que los países subdesarrollados eliminen las variables patrón del subdesarrollo y adopten las correspondientes del desarrollo. El proceso transculturante se encargará de llevar a cabo esto, de difundir sus patrones económicos, sus elementos culturales, el capital necesario, la tecnología necesaria, las instituciones necesarias, en el caso actual, el liberalismo en todo, en sus formas tanto económicas como políticas y como sociales. No se trata de sugerir a los pueblos subdesarrollados que investiguen y superen las causas del subdesarrollo; más bien, el consejo es olvidar la historia, hacer a un lado la estructura y génesis de sus correspondientes procesos sociales, y esperar que llegue la difusión de la ayuda evolucionista desde el exterior, esto es, esperar el proceso de "Globalización de los Mestizos".

Es importante entonces saber, qué es lo que deberemos esperar, conocer cuáles son esos índices del desarrollo que deberemos trasplantar, estar conscientes de en lo que deberemos transformarnos.

EL SUEÑO AMERICANO. ¿QUE HAY EN EL?

Los salvadoreños hemos visto siempre el lado bueno del "sueño americano". Y no precisamente porque se nos haya ocultado el lado malo, sino más bien porque ese es el lado que hemos deseado ver. En ese marco muy particular de ver las cosas, los salvadoreños siempre observamos sólo lo que nos agrada, y nos forzamos a ignorar lo que no nos agrada.

Nunca vemos la realidad con sentido de totalidad. Ello es una limitante muy fuerte, que nos ha ocasionado grandes trastornos sociales. El Salvador siempre ha estado en guerra, en pelea constante, justificadamente o no, la pugna ha sido como permanente. Y quiérase reconocer o no, los intereses de las minorías y la política han sido responsables de ello en buena medida. En 1932 se dio una de las

masacres campesinas más brutales en la historia de América; en 1969, nos debatimos en una estúpida guerra con Honduras; sólo hace 6 ó 7 años, hemos finalizado, al menos formalmente, una guerra civil que ha durado 12 ó 14 años, que ha costado la muerte de, estadísticamente, unos 80,000 seres humanos, y que ha traído dolorosas secuelas que ahora a penas de anuncian. Los salvadoreños nunca hemos sabido hacer política y vivir en sociedad. Y, lo que es aún más triste, nunca hemos sabido aprender de la historia.

Ahora, los salvadoreños vemos el "sueño americano" con ansiedad y esperanza. Vemos los índices del desarrollo americano en su lado positivo, los indicadores macroeconómicos, el progreso tecnológico, el desarrollo de infraestructura, la riqueza financiera, etc. Pero no vemos otras cosas, otros matices, otras facetas que también deberíamos de ver. Y es que, hay que decirlo aquí de una vez por todas, no es que la sociedad norteamericana sea rechazable en sí; el hombre norteamericano tiene unas virtudes increíblemente positivas, y su sociedad nos da a cada momento ejemplos que deberían ser vivificantes para nosotros: Los norteamericanos tienen un profundo sentido del orden, un absoluto respeto por la verdad, una disciplina personal incontrastable, una responsabilidad en el cumplimiento de sus compromisos a toda prueba; y es que sólo así se puede ser pragmático, práctico. Pero el sistema social norteamericano es, también es necesario decirlo, un sistema decadente, increíblemente inhumano, cruel, esclavizante, para nada solidario, que empuja al hombre al sufrimiento en soledad, de la falta de amor, a ignorar al prójimo, a no ser cristiano. La cotidianidad del norteamericano es la realidad más aberrante posible, de una crueldad proclive al sadismo, y lleva, en el fondo, un sentido de resignación casi agnóstica.

Veamos cuál es ese "sueño americano".

No es necesario hablar de la economía norteamericana para ver lo que ese país

S O C I A L

es. Más bien es necesario hablar de sus efectos, del producto social de esa economía. Los famosos "Indicadores Macroeconómicos" norteamericanos son de sobra conocidos. Para decirlo en una sola frase, de sobra repetida por lo utilizada, son "el país más rico del mundo". Pero esa economía ¿Qué ha producido?

"América -dice Karen Pennar- después de todo, es una invención creada por un puñado de hombres en exilio religioso y político hecho sobre una severa pero generosa tierra, construida con energía y abandono. Por más de dos siglos, un pestajeo del tiempo, realmente, en la historia de la civilización, la creación y la invención han sido continuadas" (*Business Week, 1992 Special Bonus Issue, Reinventing América*, McGraw-Hill Publication, Introduction).

Pero, ¿Qué han producido estos más de dos siglos en los cuales "la creación y la invención han sido continuadas"?

* Entre 1960 y 1980, los ahorros de los norteamericanos declinaron desde un poco más del 8% hasta más o menos un 4%, el desempleo creció desde un poco más del 4% hasta casi un 8%, y, aunque la línea de pobreza bajó desde casi el 18% hasta un poco más del 12%, esta se consideró alta y manifiesta una tendencia clara hacia el aumento.

* La población norteamericana ha sufrido, durante el período comprendido entre 1950 y 1990, los siguientes cambios: Ha pasado de alrededor de 151 millones a casi 250 millones de habitantes; mientras la población blanca disminuía de casi un 90% hasta un 80%, la negra aumentaba del 10 al 12%, la asiática del 0.5 al 2.9%, y la hispánica desde prácticamente cero hasta el 9%; lo anterior es un neto producto de la inmigración, que pasó a ser, de 2.5 millones entre 1951 y 1960, a 8.7 millones entre 1981 y 1990. Esta inmigración era, en 1950, un 66% europea, un 6% asiática, un 26% latinoamericana y un 2% de otras nacionalidades; para 1980, esta situación era la siguiente: La inmigración era sólo

un 11% europea, y en cambio había pasado a ser un 38% asiática, un 48% hispanoamericana y un 3% de otras nacionalidades.

* Esta población ha visto, entre 1960 y 1990, un acentuado crecimiento del estrato de ancianos, 65 años ó más, (de 16.7 a 31.2 millones, y esperándose 52.1 millones para el año 2020); en cambio, elestrato de 5 años o menos, es decir, los niños, sólo ha crecido, entre 1980 y 1990, de 16.5 a 19.2 millones.

* Durante la década de los 70, la población rural creció. Pero en los 80's, el proceso se invirtió en forma tal que ahora, más del 50% de la población vive en áreas metropolitanas de más de un millón de personas.

* Dentro de esta economía en pleno crecimiento, entre 1960 y 1991, las mujeres trabajadoras aumentaron desde un 33 hasta un 46% del total, con el siguiente corolario del incremento en la desintegración familiar.

* Del total de empleos, mientras en 1960, 16.8 millones correspondían al sector manufacturero y 33.7 millones al sector de servicios, en 1992, 18.2 millones correspondían al sector manufacturero y 85.1 millones correspondían al sector de servicios. El empleo en el sector gubernamental se incrementó, sin embargo, en dicho período, desde 8.4 hasta 18.6 millones de empleos. Hay más empleos en la burocracia, entonces, que en todo el sector manufacturero norteamericano.

* En cuanto a la familia y a sus niveles de ingreso, mientras en 1950, un simple salario significaba prosperidad familiar para millones de familias norteamericanas, ahora, la necesidad de un empleo múltiple para cada persona es patente e ineludible: El crecimiento real de los salarios ha sido negativo; la deuda familiar se ha incrementado; los niveles de pobreza han aumentado. Si bien es cierto que los ancianos están económicamente mejor que hace una generación, millones de niños, especialmente

provenientes de familias desintegradas, están creciendo en niveles cada vez mayores de pobreza y de marginación social.

* Sólo una minoría de familias norteamericanas alcanzan ahora la tradicional pauta de la vida hogareña y feliz; la norma ahora es el ingreso múltiple, proveniente tanto del hombre como de la mujer. El número de matrimonios sin hijos, 27.8 millones en 1991, excede el número de matrimonios con hijos, 24.4 millones en el mismo año. Para 1950, las familias tradicionales representaban el 63% de la familia norteamericana; para 1991 sólo representaban el 19%, en cambio, las familias de doble trabajo, para el mismo período, se incrementaron desde un 20 hasta un 42%. Las familias con presencia simple, ya sea sólo de madre o sólo de padre, también subieron en dicho período, desde un 6% hasta un 14%. Y finalmente, hay actualmente un 25% de "grupos familiares" cuya composición no es posible de ser definida dentro de la norma social norteamericana.

* Un 26% de los niños nacen en Norte América fuera del hogar; esto, en 1969 era sólo un 10%. Casi un 70% de las madres con hijos menores de 18 años trabajan actualmente; esto, en 1980, era de menos del 40%.

* El ingreso familiar en los suburbios, para 1991, era mayor que en las grandes ciudades, y mucho mayor que en las áreas no metropolitanas. Mientras los blancos y los negros se mantienen en niveles de ingreso superiores al promedio, los otros estratos raciales, y especialmente los hispanos, no alcanzan dicho promedio. Las parejas viviendo en familia y con hijos superan ampliamente el ingreso familiar promedio; las madres solteras con hijos, por el contrario, se encuentran lejos de alcanzarlos.

* Un 86.7% del ingreso familiar, en 1991, se destinaba al pago de las deudas familiares, contra un 66.6% en 1979. Los norteamericanos, ahora, sólo destinan el 5.4% de sus ingresos hacia el ahorro,

EL "SUEÑO AMERICANO"

mientras los japoneses, por ejemplo, destinan el 14.1%; los alemanes, el 13.7%; los franceses el 12.7%, para hacer algunas comparaciones.

EL SUEÑO AMERICANO. ¿QUE SE ESPERA PARA EL FUTURO?

¿Cuál es la forma que se espera que tome la economía norteamericana en el siglo XXI? ¿Qué diferencias culturales y qué forma de vida se darán en relación con el modelo actual? John A. Byrne, (*Paradigms for Postmodern Managers, Business Week/Reinventing America*, 1992, McGraw Hill), define las doce características actuales y sus correspondientes características futuras sustitutivas. La comparación es realmente muy expresiva y clara. La exponemos aquí: *en esta parte van los cuadros del modelo actual.*

El modelo prototipo del siglo XXI es, como se ve, complejo. Tiende indudablemente hacia la anulación del sentido social, hacia un sentido de complementariedad o compromiso sólo en el orden de la obtención de recursos para la satisfacción de las necesidades humanas. Una organización empresarial no ya basada en lo humano, aún y con todas sus jerarquías e imperfecciones, sino en la red, en el sistema, cuyo objetivo es lograr el dominio social, no el económico, como ligeramente se cree, sino el dominio de lo social, y con ello, de los recursos. El dominio económico va siendo considerado aquí como un simple, aunque importante, efecto de resultados.

Pero, ¿provocará lo anterior un cambio en las formas de vida de los receptores del proceso, para el caso, las naciones subdesarrolladas?

Aquí se anuncian posibilidades de futuras organizaciones sociales que pasamos a exponer, a riesgo de entrar necesariamente en el marco de la mera especulación:

En el marco político, pareciera que, al margen de lo repetitivo del enfoque democrático que también se pretende vender a la población, más bien, la

tendencia es a organizar el Estado en una forma sinárquica. Concentrar poderes y funciones en varios sinarcas simultáneos, pero no ya mediante una distribución de territorios o zonas de gobierno, al estilo del Imperio Romano o de los grandes imperios de la meseta del Anáhuac; ni mediante una distribución de funciones dentro de regiones geográficas o territorios unitarios, al estilo de los reyes espartanos de la Grecia antigua. Mas bien, ahora las funciones se concentrarán en sinarcas que gobernarán sectores: el sector financiero, el sector de los servicios, el sector del comercio, etc.; aunque siempre manteniendo la característica fundamental de la sinarquía, cual es mantener la unidad del conjunto y una sola posición política del Estado, aunque éste sea débil y secundario.

La democracia, para el prototipo del nuevo siglo, de acuerdo a los designios de los portadores del destino manifiesto, es sólo cosa del pasado, utopía, idea pura, nunca realizada en ninguna parte del mundo. Es una herramienta que conviene seguir difundiendo a los pueblos subdesarrollados, para que estos sigan creyendo en ella, manteniendo una expectativa imposible, mientras se afirma el nuevo modelo de desarrollo.

El efecto sobre la sociedad salvadoreña será un reafirmamiento de las características de la sociedad norteamericana actual: Soledad, desamor, un voraz individualismo en el cual los hombres compiten unos entre otros conformando aquello de que "el hombre es el lobo del hombre", desintegración familiar, falta de solidaridad, infelicidad. Es decir, todos los antivalores reunidos en una sola conciencia, la conciencia humana; al decir de Erich Fromm, es "la sociedad deshumanizada", la "sociedad de la megamáquina", "la sociedad tecnocrática", en la cual el predominio es el "tener" y no el "ser".

Y es que una de las características de los hombres norteamericanos, cuya forma de ser tratamos inconscientemente de emular o al menos estamos pasivamente aceptando vía la sociología del desarrollo

o la teoría de la difusión, ha sido siempre olvidarse de sus situaciones límites; el sistema les impele necesaria y obligadamente a olvidarse de sus situaciones límites, y por ello nunca están preparados para afrontarlas. En ello reside en mucho su infelicidad, ese asomo de resignación ante la vida que siempre manifiestan, esa actitud de engaño consciente en el que viven, defendiendo una sociedad que les esclaviza y sin embargo proponiéndola como la mejor de las posibles. Efectivamente, el hombre norteamericano, como todos los hombres sobre la tierra, está siempre en situación; todos estamos siempre en situación. Pero las situaciones cambian, las ocasiones se suceden. Si estas no se aprovechan, no vuelven más. Los norteamericanos trabajan por cambiar su situación, las situaciones transitorias en la que la existencia los envuelve. Pero hay situaciones que por su esencia son permanentes, aún cuando se altere su apariencia momentánea y se cubra de un velo su poder sobrecogedor. El hombre no puede no-morir, ni puede no-padecer, ni puede no-luchar, ni puede no-someterse al acaso, ni puede no-experimentar la culpa. Estas últimas son situaciones fundamentales de toda existencia, situaciones límites, (Karl Jaspers, *La Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, México, Séptima Reimpresión, 1978), y ante esas, el norteamericano no se prepara, más bien su sistema le hace no considerarlas. Pero aún y con todo ese poner entre paréntesis tales situaciones límites, éstas nos pueden ser alteradas y de ellas no hay hombre que pueda evadirse. El norteamericano huye de sus situaciones límites en su vida corriente, cerrando los ojos y haciendo como que no existen. Y eso es lo que precisamente le hace infeliz y lo vuelve a un sometimiento absoluto a las condiciones injustas de su sistema esclavizante. El hombre norteamericano se olvida que tiene que morir, que es culpable, que está siempre e inevitablemente entregado al acaso; y sólo se preocupa por sus situaciones concretas, inmediatas, que en buena medida puede manejar a su gusto. Por ello es que cuando le llega una situación límite, reacciona

S O C I A L

con desesperación, con angustia, y así nunca llega a ser él mismo ni a transformar la propia conciencia de su mismo ser.

Tal comportamiento es producto del azote del sistema, que lo vuelve individual, que lo aísla, que lo asuela. Y como sólo cuando el Estado se halla en situación de que cada ciudadano es para el otro tal como lo requiere la solidaridad absoluta están seguras en conjunto la libertad y la justicia, el hombre norteamericano nunca es libre ni justo, pues sólo entonces, si se le hace injusticia a un hombre se oponen los demás como un sólo hombre. El norteamericano no conoce la solidaridad, no vive en solidaridad con el prójimo; lo presiona la competitividad, vencer al prójimo, superarlo en su existencial materialidad. ¡Competir! ¡Competir! En ese sistema tan sangrantemente material, tan violentamente antihumano, no hay lugar a enfrentarse concientemente ante las situaciones límites que inevitablemente se presentan ante todo hombre, porque la única forma de alcanzar ese enfrentamiento, esa habitud humana, es mediante lo digno de la fe, de lo que despierta la confianza, del fondo en que todo se apoya: El hogar, la patria, los padres, los antepasados, los hermanos, los amigos, la esposa, la tradición de la lengua materna, el fondo histórico de la cultura.

La verdad es que, como bien dice Jaspers (Karl Jaspers, op. cit.), el hombre sólo existe en compañía del prójimo, solo no es nada. El hombre necesita de una comunicación que no se limite a ser de intelecto a intelecto, de espíritu a espíritu, sino que llegue a ser de existencia a existencia. El hombre sólo es él mismo cuando actúa en libertad, cuando existe en libertad, y ese es el problema de la sociedad norteamericana: El norteamericano, cuando se pregunta ¿Qué debo hacer?, se da a sí mismo una respuesta que le señala fines finitos y medios para conseguirlos. Reclama el alimento del cuerpo, la comodidad, la posesión de suficientes bienes materiales, el tener más que el vecino, la búsqueda del propio provecho personal, aún a costa

del sacrificio de su moral oficial. Pero tales requerimientos, son condicionales, le hacen dependiente, de las cosas, de los objetos, de las posiciones; esos requerimientos no se originan en él mismo sino en lo que flota a su alrededor y en lo cual está inmerso. Son necesidades ocasionales, que le someten externamente. El norteamericano se olvida, por el contrario, de aquellos requerimientos incondicionales, que se deberían originar en él mismo, que deberían nacer de él, dentro de él, y sin los cuales las situaciones límites, y con ellas, la libertad, la única forma de ser verdaderamente "yo", de interiorizarse consigo mismo y en esa forma, "ser", simplemente no pueden presentarse

Al no considerar lo incondicional, y con ello, al no considerar las situaciones límites, al no ser libre, el hombre norteamericano entonces ni siquiera puede ser él; esto es, su tan reclamada y proclamada "individualidad" ni siquiera es real, sino más bien un doloroso sofisma, pura ilusión, justamente un engaño, es "no-ser-nada". Lo incondicional, afirma Jaspers (Karl Jaspers, op. cit.), no es lo que se quiere sino a aquello desde lo cual se quiere; no es obrar como producto del conocimiento sino como contenido de la fe. Y fe es, precisamente, lo que no tiene la sociedad norteamericana, lo que le falta, lo que necesita, aquello de lo cual está urgido.

Dice Bergson, (Henri Bergson, *Metafísica*), que la única forma de ir a la realidad es intuyéndola mediante un acto único, instantáneo, magnífico, que nos permite situarnos dentro de ella, y desde adentro, verla, conocerla, aprehenderla. Tratar de conocer la realidad desde su exterior, rodeándola, analizándola, despedazándola, por más que la discutamos, es un craso error, esfuerzo inútil, engaño. Por eso, la metafísica, dice el gran filósofo francés, es la ciencia que prescinde de símbolos, y que intuye la realidad, desde adentro, desde el interior mismo de la cosa, en actos puntuales, productos de la fe y del amor. Los hombres de Norteamérica deben

prescindir de los símbolos, deben dar la espalda al cosismo, a lo inmediato, a lo contingente, a lo temporal, a ese desgarrador plano material en que se encuentran subsumidos y ante quien se encuentran postrados; deben abrir los ojos a la fe, pero a una fe auténtica, a una fe interior, profunda, no ritual, no discursiva, sino accional, real.

Es necesario tener claridad en lo que viene, en lo que se está difundiendo a través de un proceso de aculturización cuya herramienta es la "Sociología del Desarrollo", y cuya actual expresión es el modelo globalizador, con su apertura de mercados, con su liberalización económica, con su salvaje privatización de los bienes del Estado, y con un Estado resumido a un papel de subsidiaridad, cuya función es ocuparse de los problemas sociales, que al modelo le son incómodos y representan un estorbo para su avance. Mientras el modelo de nominación se apropia de los recursos y aumenta las dimensiones de su poder político y económico por el mundo, que el Estado se ocupe de ver cómo resuelve los problemas de salud, de vivienda, de alimentación, de infraestructura, de ambiente; pues el modelo exige individuos tranquilos, satisfechos, mientras se desarrolla la "competencia" mundial entre las empresas y entre los sinarcas de este nuevo mundo globalizado. Así el proceso globalizador de los mestizos que vemos ahora en desarrollo en América.

El Salvador no debe dejarse llevar por el engaño. Pensar que a las futuras sinarquías les interesa el nivel político expresado en la forma convencional (Presidencia de la República, Legislaturas, etc.), es un error. De lo que se trata es de consolidar el sistema; una vez logrado esto, y cuando los sectores de poder estén en sus manos, el juego político, sin que deje de interesarles, viene a ser una cuestión de orden secundario. ●